

## **EL COCODRILO QUE PERDIO SU CENA (Don. 6:22)**

Un día, uno de nuestros misioneros iba en una carreta tirada por bueyes, con un ayudante nativo, por un camino polvoriento del África. Cuando llegaron a un riachuelo, el misionero decidió buscar un pozo agradable y tranquilo para bañarse. Cuando lo encontró, se sentó y comenzó a desatar los cordones de sus zapatos. Repentinamente oyó una voz como la de un hombre que le decía: "No te bañes aquí, es peligroso". Espantado, saltó y miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Miró el pozo, pero no podía ver el peligro.

Estaba seguro que en ese pozo tan pequeño no habían cocodrilos, así que precavidamente miró en derredor entre los pequeños arbustos que habían cerca del pozo, pero no vio nada. Volvió al pozo y se sentó para quitarse los zapatos. Nuevamente se oyó la voz, pero en esta ocasión el misionero solamente dio vuelta la cabeza para mirar a su alrededor y pensó que sin duda se estaba imaginando cosas, por lo tanto continuó quitándose los zapatos. De repente pasó una cosa extraña. Sus manos perdieron la fuerza y empezaron a temblar tan fuertemente que no las podía controlar. ¡No podía lograr desatar los cordones de sus zapatos! Sus manos estaban sin fuerza.

Poniéndose de pie rápidamente exclamó: "Aquí hay algo peligroso y yo no lo quería creer. Dios ha hecho este milagro". Así decidió no bañarse en ese pozo y caminó, un poco más lejos, hasta donde encontró un manantial cristalino y fuera de peligro. Cuando regresaba de su viaje, pensando todavía en el aviso de peligro que recibió, decidió investigar. Buscando entre los arbustos no pudo encontrar nada peligroso, hasta que dio la vuelta y se colocó en un lugar donde podía observar claramente el pozo. Acostado e inmóvil estaba el cocodrilo más grande que jamás había visto en África, exactamente en el pozo donde él se iba a bañar. ¡Ahora sabía cuál era el peligro del que Dios le había salvado! Le tiró una piedra y lo vio desaparecer bajo la superficie del agua, esperando sigilosamente a su víctima.

¿Creen ustedes que el misionero esperó hasta el día de gracias o hasta el ser vicio de oración para agradecer a su Padre celestial por vigilarlo y cuidarlo? Siempre, desde ese día, cuando piensa en el cocodrilo que perdió su cena, él repite silenciosamente y con reverencia, para sí "El ángel de Jehová acampa en derredor de los que le temen, y los defiende" (Sal. 34: 7).